

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

ROMANCES

I

A Eutimio en la muerte de su madre.

...ad tumulum, viridi quem cespite inanem,  
et geminas, causam lachrymis, sacraverat aras.  
VIRG.

Si es cierto, que amistad blanda  
tristes lágrimas enjuga,  
bien la mano de tu Anfriso  
podrá suavizar las tuyas.  
¡Ay dulce Eutimio! si iguales

nos maltrató la fortuna,  
si iguales en su regazo  
nos acogieron las Musas,  
y si iguales en tus aras,  
amable virtud, nos juntas,

¿por qué, de tu pena avaro,  
a un tierno amigo la ocultas?  
Ese túmulo, ceñido  
de helecho y verbena mustia,  
que levanta entre cipreses

su humilde pompa y oscura;  
di, ¿qué cenizas contiene?  
¿es de un caro amigo tumba,  
o bien el amor lo erige  
a malograda hermosura?

¿Gimes? ¿y a mi voz responden  
ardientes lágrimas mudas?  
¿y losacentos, que empiezas,  
entre suspiros se anudan?  
Lo que tú obstinado callas,

ese mármol lo divulga,  
do de su víctima el nombre  
perdonó la muerte dura.  
De tu dolor el misterio  
la amistad temblando busca:

A la mejor de las madres  
de un fiel hijo la ternura.  
¡Infeliz! gime y lamenta:  
nunca tus lágrimas, nunca  
igualarán tu infortunio,

por acerbos ni por muchas.  
¡Perdiste una madre! ¡oh nombre  
de inefable amor, que anuncia  
cuantos afectos a un alma  
o la deleitan o angustian!

Tal vez la amistad violan  
del insano amor las furias,  
cuyo estrecho lazo rompe  
la infidelidad perjura.  
Entre ambiciosas sospechas,

amor paternal, fluctúas;  
y un hijo ingrato e indócil  
la ley más sagrada burla.  
Mas ¡ay! del pecho materno  
¿cuándo faltó la ternura?

ni ¿qué ardor o qué constancia  
podrá igualarse a la suya?  
Lloremos, mi dulce Eutimio,  
lloremos juntos: la tumba  
allá en los campos del Betis

mi adorada madre oculta.  
Y a ti, lejos de tus brazos  
te la arrebató sañuda  
la Parca, do tus amores  
remoto sepulcro cubra.

¡Siquiera el yerto cadáver  
poseyeses; y en la urna  
su helada ceniza fuera

testigo de tu amargura!  
Sólo un túmulo vacío

consagras, imagen muda  
del dolor, falaz imagen,  
que tus acentos no escucha.  
Este solitario asilo,  
que el sol apenas alumbra,

y donde flébil el aura  
tristes acentos murmura;  
esas ramas lastimeras,  
que al suelo bajando mustias,  
fúnebre pompa de otoño,

la muerte del año anuncian;  
esta fuente, que resbala  
callada por la espesura;  
aquella selva, que aterra  
melancólica e inculta;

ese monte, que amenaza  
con su pesadumbre adusta  
todo el campo, y que parece  
túmulo de la natura;  
albergue de la tristeza

son, y las almas lo buscan,  
que a gemir sin esperanza  
condenó la suerte injusta.  
Aquí, Eutimio, lamentemos  
tú mis penas, yo las tuyas,

y nuestras lágrimas sean,  
como los consuelos, mutuas.  
Tu herida, por ser reciente,  
es quizá la más profunda;  
y quizá al dolor de hijo

otros recuerdos se unan.  
La pérdida de una madre  
aflige al alma más dura:  
¿qué será, cuándo es Rosaura  
la que el túmulo sepulta?

Rosaura, honor de las playas

gaditanas, en quien juntas  
por la primer vez se vieron  
ciencia, virtud y hermosura.  
Aquel corazón, que en balde

no imploró el infeliz nunca,  
y que en el tuyo la imagen  
de su piedad perpetúa;  
aquel alma noble y sabia,  
que hermanó con la ternura

de esposa y madre las prendas  
que a una ciudadana ilustran;  
que de la inocencia hermosa  
conservó la llama pura,  
y agradable a Dios y al hombre

toda justicia acumula:  
¿quién dignamente, mi Eutimio,  
podrá llorarla? ¿qué cruda  
aflicción, qué acerba pena  
debe igualarse a la tuya?

Mas ¡oh! ¿perdida es por siempre?  
¿su existencia por ventura  
en el seno de la nada  
callada sombra se oculta?  
¡Ah! que no: vive y gloriosa

por eternidades triunfa,  
ni es que el Dios de las virtudes  
que fenezca el justo sufra.  
Sí: la tumba inexorable  
podrá en su tiniebla oscura

cubrir el polvo aterido,  
que un frágil vínculo anuda;  
mas no el espíritu hermoso,  
que altivo y noble se encumbra  
sobre la región etérea

del solio inmenso a la altura;  
y allí en el gremio sagrado,  
fuente de amor, do se inunda  
de celestiales placeres,  
espera que a él te reúnas.

Un tiempo será, mi Eutimio,  
que el orbe estallando cruja,  
y entre piélagos de fuego  
cielos y tierras se hundan.  
El sol yacerá apagado,

caerá deshecha la luna,  
y en la confusión primera  
se abismará la natura.  
Entonces su hermosa alma,  
libre en la mansión augusta,

sobre las ruinas del mundo  
brillará cándida y pura.  
¿Cuál es tu victoria, oh muerte,  
si aun esa ceniza mustia,  
en que te cebas, es fuerza

que el sepulcro restituya?  
Ella, desde el alto cielo  
tus lágrimas ve y enjuga,  
dulce amigo, y se enternece  
del dolor que le tributas.

¿No la sientes más suave  
más madre que lo fue nunca,  
como invisible y presente  
tu amargo penar endulza?  
¡Ay! aquellas almas tiernas,

que en la tiniebla profunda  
ven de clara luz bañadas  
las lóbregas sepulturas;  
cuando las sombras, que adoran,  
se aparecen; cuando escuchan

dulces cantos, que el silencio  
de los sepulcros perturban;  
sin duda el júbilo santo  
prueban que tú ahora, y sin duda  
la fe, el amor y el consuelo

su exaltada mente ofuscan.  
¡Dulce ilusión! ya tus ojos  
en grato lloro se anublan,

y la ferviente esperanza  
todas tus penas subyuga.

Gimamos pues y esperemos:  
declina la edad caduca,  
y en la orilla del sepulcro,  
flor del placer, yaces mustia.  
Cetros, coronas y espadas

en su abismo se sepultan:  
allí calla la elocuencia  
y se eclipsa la hermosura.  
Sólo la virtud ignora  
los horrores de la tumba,

y en el naufragio del mundo  
sobrenadará segura.  
Renunciemos en sus aras  
las brillantes imposturas  
de la vida: el denso velo

caiga a la maldad inmunda.  
Las lágrimas que vertamos,  
santa piedad nos infundan,  
y la humanidad doliente  
socorramos en su angustia.

Este de dolor sagrado  
monumento nos reúna,  
donde, ¡oh virtud! gozaremos  
tu contemplación profunda.  
Que en las sombras del sepulcro

altos misterios se ocultan:  
más que la vida parlera  
enseña la muerte muda.

## II

En la al Excmo. Señor Duque de Frías, muerte de su esposa, la Excma. Señora Doña  
María de la  
Piedad Roca de Togores.

Nota()

Donde el regio Manzanares  
con sesgo raudal camina,  
y alcázares y tugurios  
en su breve espejo imita,

amor y amistad, la venda

rota, la antorcha extinguida,  
junto a un sepulcro abrazados  
flores y llanto prodigan.

Allí entre el silencio eterno  
de mustias sombras se eclipsa,

astro de virtud y gracias,  
el sol hermoso de FRÍAS.

Brillante fuego del genio,  
bondad nunca desmentida,  
tierno pecho que un suspiro

del infeliz conmovía;

Dulce candor, dulce habla,  
encantadora sonrisa,  
ardientes ojos, do puso  
Venus todas sus delicias;

a un soplo del cierzo helado  
entregaste, acerbo día,  
y tristes yertos despojos  
son ya de la Parca esquivada.

A ti, beldad malograda,

lamenta la humilde umbría,  
do el lloro de la indigencia  
enjugaste compasiva:

a ti los sacros vergeles,  
que Hipocrene fertiliza,

a cuyos cisnes canoros

inspirabas en su orilla.

Por ti el Támesis nubloso  
y el fausto Sena suspiran,  
y a los ríos de tu patria

tu cuna y sepulcro envidian.

Vienen los vates de España,  
de ciprés la sien ceñida,  
y en el túmulo deshojan  
laureles, rosas y olivas:

los que del Turia y del Ebro  
beben; los que Tormes cría;  
por los que Tajo y Henares  
levantan su frente altiva;

los del laurífero Betis,

Dauro y Jenil, prole antigua  
del árabe ardiente, alumnos  
de su fuego y su osadía;

todos funerales himnos  
entonan: todos su lira

de helecho fúnebre enraman  
y triste ayes le inspiran.

¡Murió! resuenan de Mantua  
las enlutadas colinas:  
¡Murió! repiten las cumbres

da Guadarrama y Fuenfría.

Todo es aflicción: no hay alma  
sin quebranto: no hay mejillas  
que las lágrimas no bañen:  
no hay corazón que no gima.

Mas ¡ay! que entre tantas penas,  
cual cedro a humildes aristas,  
hay una que a todas vence

y a enmudecer las obliga.

Mirad al huérfano esposo,

que ya sólo tiene vida  
para el dolor: sobre el mármol  
solloza más que respira.

Y llama cruel al cielo,  
y a la suerte llama impía:

del llanto acerbo testigos  
árboles, fuentes y ninfas.

Rota en el polvo y sin cuerdas  
yace el arpa, do solía  
de la amenazada patria

celebrar las nobles iras.

Las que ciñó en otro tiempo  
palmas de honor merecidas,  
hora despechado arroja  
y entre la arena las pisa.

«Emblemas de inútil gloria,  
¿qué valéis,» gimiendo grita,  
«si el bien por que yo os amaba,  
no ha de verla ni aplaudirla?»

«Sagrados vates de Iberia,

cantad mi prenda perdida:  
vuestro antiguo compañero  
ya muriendo os lo suplica.»

«Si os unió conmigo el dulce  
lazo de amistad sencilla,

y al triunfo de vuestros cantos  
alegre yo sonreía;»

«si noble rival la cumbre  
pisé de Helicón florida,  
desconocido a las sierpes

de la ponzoñosa envidia;»

«si la sombra de Batilo,  
del gran Batilo, que anima,  
Febo del Parnaso ibero,  
vuestras canciones y liras,»

«consolé, de dos naciones  
reparando la injusticia,  
cuando salvé del olvido  
sus venerables cenizas:()

«por los lauros que a su gloria

debéis; por la llama activa  
del Genio que en vuestros pechos  
sublime furor incita;»

«dad a mi querida esposa  
nombre y fama esclarecida,

sagrados vates de Iberia,  
en cantos que eternos vivan.»

«Yo triste y mudo habitante  
de esta funeral campiña,  
consonaré a vuestras voces

sólo con lágrimas pías:»

«Que no el elevado acento  
concede al dolor Polimnia,  
ni roba al laúd sus sonos  
la mano desfallecida.»

«Tal vez en los nuevos troncos  
grabaré su dulce cifra,  
y crecerán, y con ellos  
del pecho amante la herida.»

«Este valle solitario

que los pesares habitan,

o el julio ardiente le abrume,  
o el hielo agudo le oprima,»

«será mi asilo postrero,  
donde, sombra fugitiva,

se oculta en la infausta losa  
el bello sol de mis días.»

«En tanto del fiero olvido  
libradla, y por siempre viva  
en la memoria del hombre

quien no morirá en la mía.»

¡Esposo infeliz! si es cierto  
que en las almas doloridas  
sublime y firme esperanza  
justos dolores mitiga;

calma el llanto, y a ese helado  
sepulcro, que la delicia  
de tu juventud lozana  
guarda en míseras ruinas,

pregunta si esconde entero

todo el bien que fue tu dicha,  
y si de la avara muerte  
nada reservó la ira.

Los bellos ojos, las rosas  
del semblante, la armonía

de las formas, con que al mundo,  
beldad efímera, hechizas,

todo es ya polvo: no alcanza  
ni saber, ni fuerza invicta,  
ni la hermosura, ni el cetro

a evitar la ley precisa.

Esos himnos que a su gloria  
vates célebres dedican,

caerán con ellos al seno  
donde los siglos se abisman.

Hasta el nombre que celebran,  
morirá; la piedra misma,  
en que tu dolor grabaste,  
volverá el tiempo en cenizas.

Sólo para las virtudes()

no hay muerte: del cielo hijas,  
dan vida eterna en el cielo  
al alma que las cultiva.

Alza pues los tristes ojos,  
alza a la patria escogida,

última patria que al bueno  
la Providencia destina.

¿No la ves hollando el orbe  
con firme pie? ¿no la miras  
ceñir de beneficencia

las rosas nunca marchitas?

¿No ves cómo leda abraza  
al hijo que lloró un día,  
sin temer ya que la muerte  
le arrebatase a sus caricias?

La bondad y la inocencia  
en celeste lazo unidas  
te esperan: la tumba es puerta,  
y la santa virtud guía.

Convierte el fiero quebranto

en esperanza benigna;  
que el ábrego del sepulcro  
lleva al puerto de la vida.

Allí se ignoran las penas,  
allí no mienten las dichas,

ni el aura de los placeres  
con denso aroma fastidia.

Cuanto el mundo llama bienes,  
que el necio mortal codicia,  
es nada: virtud y polvo

son del vivir las reliquias.

Ese triste monumento  
con honda atención medita,  
y hallarás el dulce alivio  
de tu mal; gime y confía:

que del sepulcro en el margen  
muere la ilusión mentida,  
y allí, verdad bienhechora,  
comienza tu monarquía.

### III

La cabaña.

Entre las cimas del Alpe  
sobresalen dos montañas,  
que coronadas de nieve  
al cielo sus frentes alzan:  
una al grato mediodía

presenta la herbosa falda;  
otra hacia el norte se eleva  
y del aquilón la ampara.  
Yace entre las dos un valle,  
del abril querida estancia,

y a fecundar sus praderas  
un claro arroyuelo baja.  
En estas sierras mi padre  
fijó su humilde cabaña,  
guarida de la inocencia

y de la virtud morada.  
Su pajizo techo, expuesto  
al austro que lo regala,  
jamás del noto alterado  
probó la indomable saña.

Libre del bóreas, sus hielos  
tarde o nunca la maltratan,  
y el astro hermoso del día  
con blanda lumbre la halaga.  
En la falda, que visitan

los céfiros, colocada,  
domina el bosque del Iser  
y del Ródano las playas.  
Ofrecen fecundos prados  
alimento a las manadas,

y las vertientes estío  
de doradas mieses cuaja.  
Sabrosa e incauta pesca  
da el arroyo y dulce agua,  
y las breñas de los montes

fácil y segura caza.  
El rústico caserío  
coronan tendidas hayas,  
que para contar mis años,  
oh amado padre, plantabas.

Entre ellas lozanos crecen  
cercos de pura esmeralda,  
adonde el mirto y la rosa  
unen matiz y fragancia.  
Más allá brotan los frutos

de Vertumno: en las quebradas  
del monte sus blandas pomas  
el paciente otoño aguarda.  
Allí nací, y allí alegre  
mi simple niñez gozaba,

cuando destrozó mi asilo  
el rayo de la desgracia.  
¡Feliz el que nunca ha visto  
más río que el de su patria;

y duerme anciano a la sombra,

do pequeñuelo jugaba!  
Del Autor del universo  
bendecir la mano sabia  
y amar a mi padre, fueron  
los cuidados de mi infancia.

Dios quiso que mis delicias  
huyeran cual sombra vana,  
y que desde niño el cáliz  
del infortunio probara.  
Mi padre, fiador de un pobre,

sintió la justicia avara  
del acreedor, y a otro dueño  
pasó mi humilde cabaña.  
En ella murió, llorando  
mi niñez desamparada,

y entre las hayas del huerto,  
más feliz que yo, descansa.  
Un anciano virtuoso  
mis lágrimas enjugaba,  
y de mi orfandad abrigo

fue su no opulenta casa.  
Dio a mi juventud consejos,  
dio a mis penas esperanza,  
y en él un segundo padre  
la Providencia me guarda.

Mas ¡ay! para mí no hay dicha  
lejos de aquella cabaña,  
aquel valle, aquella fuente  
que impresas llevo en el alma.  
¿Qué me importan las ciudades,

la opulencia, ni las galas,  
de frívolos corazones  
inquietudes adoradas?  
Más quiero el tranquilo ambiente  
que en mi niñez respiraba,

que los ámbares del Ganges,  
ni los perfumes de Arabia.

Más quiero el grato silencio  
de la repuesta enramada,  
solamente interrumpido

por las fuentes o las auras,  
que de las soberbias cortes  
las bulliciosas estancias,  
donde todo es impostura,  
todo, hasta el placer, engaña.

Más quiero el humilde lecho,  
do fácil el sueño halaga,  
que velar medroso y triste  
entre ropas de oro y grana.  
En la dulce medianía

mi edad dichosa gozara,  
de envilecida miseria  
libre y de opulencia vana.  
Bajo la paterna choza  
alegres me despertaran,

cuando despunta la aurora,  
los trinos de la alborada.  
Entonces la tarda yunta  
siguiera; o si junio alza  
ya de maduras espigas

la rubia sien coronada,  
el dulce esquilmo de Ceres  
a las campiñas robara,  
o al favor del fresco viento  
hiciera crecer la parva.

Ya bajo los pies el néctar  
de Baco se deslizara:  
ya el setiembre de sus frutos  
me cediera la guirnalda.  
Cuajado abre la puerta al año

la primavera rosada,  
y en el seno de las flores  
moja el Céfiro sus alas;  
cuando todo es vida, todo  
placer; cuando brilla ufana

la bella naturaleza  
con su más pomposa gala;  
del Dios, que anima los orbes,  
la grandeza contemplara,  
cantando los beneficios

de su diestra soberana.  
Cuando a mi adorado padre  
tierno llanto consagrara,  
fuera su tumba mi templo  
y su vida mi enseñanza.

En el trabajo y descanso  
imitándole, las hayas,  
que plantó, su fresco abrigo  
por la siesta me brindaran.  
Así, cual tímida fuente,

que entre adelfas va callada,  
no conocidos del hombre  
mis dulces años volaran,  
hasta que el golpe forzoso  
diese la fatal guadaña,

y en la tumba de mi padre  
mis cenizas reposaran.  
¿Cuándo ilusión tan amable  
verá en realidad trocada,  
oh querida choza mía,

dulce objeto de mis ansias?  
Dicen, que a cobrar mi herencia  
corta cantidad bastara  
de ese metal peligroso,  
que los ciudadanos aman.

Almas tiernas, que mis males  
escuchasteis y su causa,  
vuestra piedad generosa  
un desgraciado reclama.  
Pueda una vez la opulencia

hacer un feliz, de tantas  
como oprime al desvalido  
y sus lágrimas ultraja.  
Y pues hay quien más estima

el oro que mi cabaña,

y a precio de un vil metal  
la felicidad se alcanza;  
dadme para conseguirla,  
que en siendo mía, de entrambas  
Indias las riquezas todas

hollaré con firme planta.  
Así el Hacedor supremo  
os corone de sus gracias,  
y de prole virtuosa  
felices padres os haga;

y en vuestra vejez postrera  
a la paternal morada  
para besaros la mano  
numerosos nietos vayan:  
favoreced mis deseos,

alentad mis esperanzas:  
que en brazos de la virtud  
la felicidad me aguarda.  
Y el Dios, que protege al pobre  
y que la inocencia ampara,

mis piadosos bienhechores  
premiará con mano larga.

IV

Zelima.

Si quieres ver, Zaide amigo,  
todo el cielo en una bella,  
y competirse hermanadas  
bondad, gracia y gentileza;  
no faltarás esta tarde

del Jenil en la alameda,  
que es la fiesta de Zelima,  
y corren cañas por ella.  
Zelima, honor de Granada,

y de la hermosura reina,

la adorada de su esposo,  
la celebrada en la vega.  
No hay dama que no la envidie,  
no hay moro que no la quiera,  
del Guadalquivir al Dauro

y del Estrecho a la Sierra.  
Mira ya por el Alhambra  
bajar cuadrillas diversas,  
cuyas lanzas y garzotas  
vistosamente se mezclan.

Ven, y admirarás el fausto  
de las galas y libreas,  
los recamados jaeces,  
y las africanas yeguas;  
y en los palacios y huertos,

que el herboso valle cercan,  
reunida de Andalucía  
la hermosura y la opulencia.  
Mas cuando al balcón saliere  
Zelima por ver las fiestas,

fijarás en ella sola  
tu vista vaga e incierta.  
Ya no hay ojos para Arminda,  
para Fátima o Benzeida;  
que habiendo visto a Zelima,

no hay beldad que lo parezca.  
Correrá el velo de gasa  
a sus dos claras estrellas,  
y envidia serán del día,  
y gloria del que las vea.

Cuando el almaizar listado  
a la airosa espalda tienda,  
y en rizos de ébano puro  
suelte la umbrosa madeja,  
guarda el corazón, amigo,

que en aquellas redes negras  
no hay alma, que no encadene,

ni libertad, que no prenda.  
Menos brillará en su frente  
el cerco de ricas perlas,

que en sus mejillas la rosa  
y en sus manos la azucena.  
Las plumas de su turbante  
no tan gallardas ondean,  
cuando apacible las mece

el viento de la ribera,  
como el talle delicado  
inclina afable y risueña,  
si a saludar se levanta  
a sus amigas y deudas.

Centro blanco y cabos rojos  
son los colores, que precia,  
porque significan juntos  
sinceridad y ternera.  
Como el sol es su hermosura,

que hechiza a todos y alegra:  
su familia la idolatra,  
y las demás la veneran.  
De amantes hijos cercada,  
oliva fértil semeja,

que entre copiosos renuevos  
promete más a la vega;  
y si ha podido sus gracias  
decirte mi tosca lengua,  
las virtudes de su alma

se sienten, no se celebran.  
¿Ves la gloria que la ilustra,  
los placeres que la cercan,  
sin que el destino ni el tiempo  
a su ventura se atrevan?

¿Y entre tantos corazones,  
que solo agradarla anhelan,  
correr sus felices días  
en serenidad perpetua?  
Pues en secreto derrama

piadosas lágrimas tiernas  
(yo lo sé bien, que ella misma  
me honró con su confianza),  
por un infeliz, que gime  
en la prisión de Baeza,

do sus contrarios le tienen  
o con justicia o sin ella.  
Este infortunio la aflige,  
este tormento la aqueja:  
que no es Zelima dichosa,

si sabe que hay quien padezca.  
Dulce corazón, que sólo  
para la virtud alientas,  
cuando tú las lloras, ama  
el desgraciado sus penas.

Esta angélica ternura  
no es conocida en la tierra,  
que hay piedades que envilecen,  
y consuelos que atormentan.  
Mas Zelima, ¡santos cielos!

cuando alivia la miseria,  
piden sus modestos ojos  
el perdón de conocerla.  
Al que blanco de sus iras  
eligió la suerte adversa,

le basta ser infelice  
para que su amigo sea.  
¡Con qué suavidad le mira!  
¡cómo se pinta halagüeña  
en su apacible sonrisa

celestial beneficencia!  
Si en el corazón de un hijo  
despunta la flor primera  
de la bondad, y el mendigo  
tiende la mano, aún incierta,

¡con qué ardor, con qué delirio  
al dulce seno lo estrecha,  
y en mil regalados besos  
su virtud naciente premia!

¡Si la vieras cuál suspira

con el triste! ¡si la vieras  
el secreto de sus males  
arrancar a la indignancia!  
Cuando tormentos más graves  
a un pecho infeliz apremian,

su elocuencia compasiva.  
o los suspende, o los temple.  
Dígalo el Cisne del Tajo;  
a quien dio fortuna ciega  
en cada virtud un riesgo

y un suplicio en cada idea.  
Lejos de su patria amada  
gime en indigna cadena:  
sólo tu amistad, Zelima,  
sus males adormeciera.

O yo lo diga: deshecho  
el timón, rotas las velas,  
y destrozado el navío  
de los mares y las peñas;  
abortado de las olas

apenas besé la arena,  
cuando, deidad de infelices,  
encontré mi puerto en ella;  
y aunque tú sabes, amigo,  
que no hay remedio a mi pena,

llagas, que halague, mortales  
serán, si no las consuela.  
Dios a la tierra, Zelima,  
te concedió, porque hubiera  
ángel para el infortunio

y para el naufragio estrella.  
Tu imaginación ardiente  
otro ensalzará, o la fuerza  
de ese ingenio que te abre  
el imperio de las letras();

o ya el delicado instinto  
de lo bello, a quien presentan

el saber y la armonía  
sus más preciadas riquezas;  
o tu donaire, o las gracias

de tu nativa elocuencia,  
o el no común maridaje  
de la hermosura y modestia.  
Mas cuantos dones prodigan  
fortuna y naturaleza,

nada son, si no es piadosa  
el alma que los posea.  
Esta es la beldad, que sólo  
adoro yo en ti: que esta  
ni el tiempo la descolora,

ni los cuidados la menguan.

Mas ya de Sierranevada  
el sol a apartarse empieza,  
y las cuadrillas se cruzan,  
y las dulzainas resuenan.

Ven conmigo, y tomaremos  
puesto de donde la veas,  
y allí admirarán tus ojos  
más que te ha dicho mi lengua.

Esto a Zaide el desterrado

del Guadalquivir dijera,  
hacia el Jenil se encaminan  
a ver las cañas por verla.

V

Belinda.

¿Qué hechizo derrama el cielo,  
hermosa, en tu voz divina,  
que ya en las almas no cabe  
otro placer que el de oírla?  
No a la nacarada aurora,

cuando el oriente ilumina,  
con más dulzura aplaudieron  
las pintadas avecillas:  
no más lastimera y tierna  
la amorosa tortolilla

lamentó al perdido esposo  
en las ramas de la umbría:  
no más grato el arroyuelo,  
saltando entre tersas guijas,  
con blando murmurio halaga

los céfiros de la orilla;  
ni el rui señor, si desoye  
su voz la consorte esquiva,  
mas dolorosas querellas  
al eco del valle envía.

El amor, cuando en tu rostro  
sembró la rosa encendida  
del abril, cuando en tus labios  
destiló la miel del Híbla,  
porque a tu hermosura no haya

libertad, que no se rinda,  
puso en tus ojos su incendio  
y en tu acento sus delicias.  
Y en vano, amantes incautos,  
huiréis de su hermosa vista:

que hay también para el oído  
dulce inevitable herida.  
¡Con qué atractivo donaire,  
con qué graciosa artería  
de amor las plácidas leyes

tu voz halagüeña dicta!  
Ya en verso elevado y puro  
celebres su blanda risa,  
o ya en vulgares canciones  
afectos nobles describas;

¡cuánto placer mana entonces  
tu boca, cuántas caricias!,  
¡con cuánta ilusión los pechos

enardecidos palpitan!  
Ya de artificioso amante

cantas la astucia maligna;  
ya más tierna y seductora  
himnos al placer suspiras.  
En tus labios ser y forma  
recibe la simpatía,

y al dulce lazo de Venus  
la primavera convida.  
Al pescador, que blasfema  
el poder de amor, castigas;  
y al que le imite, igual pena

tus ojos le pronostican.  
Las blandas quejas, las lides  
del desdén, sus breves iras,  
y del jardín de Citeres  
las deliciosas guaridas,

¿quién, Belinda, las describe  
como tú? ¿quién alma y vida  
con más verdad, con más gracia  
prestó a la voz fugitiva?  
Mas ¡oh! si en lúgubres tonos

gime enlutada la lira,  
y del amor desgraciado  
la doliente queja imita;  
no es entonces la belleza,  
que adoramos, no es Belinda:

es con todos sus prestigios  
la dulce melancolía.  
Es Psiquis, que el bien perdido  
llora en la escarpada cima;  
es Venus, cuando en sus brazos

el joven amado expira.  
¡Cuán lánguidas sus miradas  
desfallecen! ¡cuál oscila  
su lindo seno! ¡cuán triste  
baña el llanto sus mejillas!

¡cómo en el bello semblante

mágico el dolor se pinta!  
¡Ay! ¿cual será el alma fiera,  
que a tanta ilusión resista?  
Dígalo yo... ¡cuántas veces

corristeis, lágrimas mías,  
si de la homicida ausencia  
lamentó la furia esquiva!  
¡Cuál penetraba en mi seno  
su flébil voz! ¡cuál hería

de este corazón sensible  
las más delicadas fibras!  
Yo escuchaba las querellas  
de una ausente; yo creía  
ver la solitaria selva,

donde en libertad suspira.  
Tal vez tú misma consuelas  
mi acerba pena: tú misma,  
Belinda, tal vez la halagas  
amistosa y compasiva.

¡Ah! gocen otros felices  
glorias, placeres y risas;  
que yo en gemir a tu lado  
cifraré toda mi dicha.  
Con tal que tu hermosa mano

mi llanto enjague benigna:  
lágrimas que te apiadan,  
amor llorarlas querría.  
Si él las causó, y es tu acento  
el que a verterlas me obliga,

la amargura de su fuente  
tu hechicera voz mitiga.  
¡Ay! esas gracias, que templan  
pesares, que almas cautivan,  
no al arte sólo de Orfeo

pienses que le son debidas.  
Puede la música al labio  
prestar su vaga armonía;  
mas no de afectos e ideas  
la expresión casi divina.

¿Sabes, hermosa, en qué fuente  
brota el fuego, que fulminan  
tus ojos? ¿quién a tu canto  
la ardiente pasión inspira?  
Ese pecho, do entre lirios

la fiel ternura se anida:  
ese corazón, que sólo  
para el dulce amor palpita.  
Feliz, no ya el que merece  
entre adoradas caricias

ser tuyo (ventura tanta  
los mismos dioses envidian),  
sino el que alguna memoria  
te deba, y si complacida  
le miras, pueda imponerte

el tierno nombre de amiga.  
Con él burlaré atrevido  
tu furor, oh suerte impía;  
y este pecho, aunque en sus hierros  
el infortunio lo oprima,

libre y contento a tu lado  
verás que late y respira,  
y la amistad generosa  
halaga su acerba herida.  
¡Ay! de tan sabrosa llama

las puras blandas delicias  
sólo es dado el explicarlas  
a los que saben sentirlas.  
Si cantas, todas mis penas  
enmudecen: si me miras,

huye el dolor de mi pecho,  
vuelve a mi rostro la risa.  
Así del cantor de Tracia  
la voz oyendo y la lira,  
el reino infausto de Dite

sintió una vez la alegría.  
Vive feliz: tu belleza  
burle del tiempo las iras,

y ni el tiempo ni la suerte  
jamás perturben tus dichas.

De las almas tiernas seas,  
cual tú mereces, querida,  
y siembre el amor de flores  
la carrera de tus días.  
Esta expresión de mi afecto

recibe afable, y olvida,  
por ser pura y verdadera,  
lo que pierda por ser mía.

Así el desterrado Anfriso  
dice a la hermosa Belinda,

cuando su voz alegraba  
del Gers odioso la orilla.  
Ella sus tiernas razones  
premia con blanda sonrisa,  
y vuelve a cantar, y Anfriso

enmudece para oírla.

## VI

A Lucinda.

Imitación de Horacio.

Dime por todos los dioses,  
dime, Lucinda, ¿qué impío  
furor, qué amor malhadado  
le impele a arruinar a Aristo?  
Ya de la sabia Minerva

olvida los sacros ritos,  
y evita cual sierpe fiera  
el antes amado libro.  
Fue un tiempo, en que coronado  
de oliva y cárdeno lirio,

del Betis su voz divina

halagó el margen florido.  
Las bellas ninfas, sacando  
el pecho del sacro río,  
pagaban enamoradas

sus canciones con suspiros.  
¡Cuántas veces, linda Iberia,  
depuesto el pudor altivo,  
por escucharle bajabas  
al valle de los alisos!

En vano; que amor no había  
su juvenil pecho herido:  
todos sus placeres eran  
con su lira y sus amigos.  
Hora a los ojos se esconde

de Sileno y de Cratilo,  
ni responde a los acentos  
del tierno cantor de Anfriso.  
Así dicen, que de Tetis  
se ocultó el valiente hijo,

dejando el lauro y la espada  
por femeniles vestidos.  
Mas los brazos de Deidamia  
no fueron seguro asilo;  
que allí la trompa de Ulises

despertó su ardiente brío.  
No esperes, falsa Lucinda,  
tenerle siempre escondido  
que al grito del desengaño  
huyen de amor los prestigios.

## VII

El despecho.

Con horrible agujero fuiste  
plantado y en triste día,  
tronco infausto, do engañado

grabé el nombre de Lucinda.  
¿Qué encantamento funesto

mis potencias sorprendidas  
pervirtió, cuando a una ingrata  
di la voluntad cautiva?  
Si es su beldad seductora  
la que rindió el alma mía,

los ojos, que la miraron,  
debieron perder la vista.  
¿Por qué no estalló mi mano,  
cuando en tu corteza fría  
divulgué necio mi oprobio

y el triunfo de mi enemiga?  
¿Por qué enamorado quise,  
que crezca su gloria altiva,  
tanto como tú crecieses  
en verdor y lozanía;

si la ingratitud odiosa,  
que en su aleve pecho habita,  
dejará por siempre al Betis  
su memoria aborrecida?  
Y aunque en sus hermosos labios

el clavel del mayo brinda,  
¿qué importa, si fuente son  
de venenosas mentiras?  
No mires, incauto amante,  
aquel seno de delicias;

que se oculta entre sus pomas  
el áspid de la perfidia.  
Teme, teme de sus ojos  
la mirada dulce y viva,  
que donde hieren, no dejan

sino incendios y ruinas.  
El céfiro, que lascivo  
su lindo talle acaricia,  
exhala oculto veneno  
y muere el que lo respira.

Sí: con hermosos colores

la piel jaspeada brilla  
del tigre, y mueve los ojos  
con aparente alegría;  
mas las penetrantes garras

en tanto pérfido afila,  
y a la descuidada presa  
con grito horrible se tira.  
Así al amador sencillo  
con tu hermoso rostro hechizas

y a un Elisio de placeres  
en tus brazos le convidas.  
Esperas a que a tus plantas,  
ardiendo de amor, se rinda;  
y luego en su pecho clavas

del desdén la flecha esquivo,  
y en sus acerbos tormentos  
te recreas complacida;  
y tus juegos y solaces  
son los ayes que suspira.

¡Oh furor! ¿y yo engañado  
me abrasé en tu amor un día?  
¿y a un alma doble y tirana  
di un alma tierna y sencilla?  
Huye del tronco, oh funesto

nombre de la fementida:  
estorba, puñal agudo,  
que en él crezca mi ignominia.  
Y tú, infausto árbol, que diste  
a mi amor y sus mentiras

tu corteza, oprobio seas  
del triste vergel que habitas.  
Jamás se cubran tus ramas  
de verdor: jamás floridas  
gloria del otero sean

cuajadas de fruta opima.  
Ni de la aurora el rocío  
en blandas perlas recibas,  
ni del fecundo favonio  
el puro aliento de vida.

El ardiente sol te abrase,  
la helada nieve te oprima,  
y nunca el ave amorosa  
por nido tu copa elija.

Así enfurecido Aristo

borra el nombre de Lucinda:  
lo ve la pérfida, y ríe  
con desdeñosa sonrisa;  
y dice: «borra mi nombre,  
que yo lo entrego a tus iras:

¡feliz, si borrar del pecho  
pudieses la imagen mía!»

## VIII

El temor de la mudanza.

Reclinado está el amor  
en el regazo de Celia,  
y entre los lirios del seno  
la blanda mejilla asienta.  
Los brazos de rosa y nieve

a la cintura rodea,  
y con sus divinos labios  
la cándida mano besa.  
Pone a sus pies el manojó  
de las vencedoras flechas:

de un rosal dejó pendientes  
con el arco aljaba y venda.  
Sus lindos ojos sonríen  
a los ojos de la bella;  
y con su beso y su halago

olvida el de Citera.  
Alexis mira gozoso  
las deliciosas ternezas,  
con que el amor, que lo abrasa,

su amante zagala premia.

Al dulce niño acaricia  
con mano amorosa y tierna:  
el bello rostro le halaga  
y al pecho ardiente lo estrecha.  
Alaba los claros ojos,

que con su llama halagüeña  
en ardor correspondido  
los corazones incendian;  
o bien los rosados labios,  
del placer segura prenda,

o ya los dulces arpones,  
que al mismo Jove sujetan.  
Mas al descubrir las alas,  
que hora recogidas plega,  
y que tendidas al viento

son de la inconstancia enseña;  
de la infiel mudanza Alexis  
la herida mortal recuerda,  
y con acento turbado  
así le dice a su Celia:

«¿Qué importa, que tu favor  
hoy corone mi esperanza,  
si Amor capaz de mudanza  
no puede llamarse Amor?  
Que pierda, Celia, el volar,

si quieres dicha segura,  
pues le basta a la hermosura  
su inclinación a mudar.»

Dijo, y con ligera mano  
las lindas alas despliega,

y sus varios tornasoles  
ya para cortar se apresta.  
Huye Amor de entre sus brazos,  
y al rosal cercano vuela,  
y así maligno responde,

de su temor se venga:

«Cuando olvidada de ti  
mude la fineza suya,  
¿qué importa que yo no huya,  
si ella me echará de sí?

Si tu amorosa pasión  
quieres lograr sin recelo,  
no a mí me quites el vuelo,  
sino a Celia el corazón.»

## IX

El respeto: traducción del inglés.

Corazón, guarda tu llama  
en lo más hondo del pecho;  
no advierta la bella Elisa  
ni aun el humo de su incendio.  
En vano es el llanto, en vano

ardientes suspiros tiernos.  
¿De qué te sirve la queja,  
si es imposible el remedio?  
Toda senda a la esperanza  
niega tu adorado objeto:

para alcanzarlo, es muy alto;  
para olvidarlo, muy bello.  
Muere callando, y tan sólo()  
se permite a tu deseo  
beber de sus lindos ojos

el no evitado veneno.  
Distante de su hermosura,  
como el esclavo del dueño,  
ni el menor gemido rompa  
la estrecha ley del silencio.

Teme, teme que tus males  
conozca la causa de ellos,  
y que su burla o su odio

castiguen tu atrevimiento.  
¡Ay! tú verás su hermosura

entregarla el hado ciego  
a un mortal más venturoso,  
pero que la adore menos;  
y en aquel alma divina  
y en aquel celeste cuerpo

mil gracias, que tú hallarías,  
desconozca tibio o necio.  
Y poseerá distraído  
tantos hechizos sin verlos,  
y ella gemirá quejosa,

medio gozada, en su seno.  
Elisa ignora, y es fuerza  
que lo ignore, el noble fuego,  
que su belleza y las Musas  
en tu espíritu encendieron.

Con su idolatrada imagen  
regala tu pensamiento;  
y halague tu acerba herida  
este dulce devaneo.  
Siempre al despertar la veas,

siempre te la ofrezca el sueño,  
y guarda en el pecho amante,  
su memoria y tu secreto.

X

La victoria inesperada.

A Dios, adorada ingrata:  
quédate con tus desdenes,  
que ya el pecho resistencia  
para sufrirlos no tiene.  
Tres años ha que te adoro,

desde aquella noche aleve,  
que entre juegos y alegrías

me diste herida de muerte.  
Y ¿qué he conseguido? Celos  
y rigores, sin deberle

ni a ti, ni al Amor, ni al hado  
aun la esperanza más débil.  
Ya disimular no puedo  
la pasión que me enloquece:  
tus amigas la murmuran,

y hasta tu madre la entiende.  
Es público, que a otro amante  
el don de tu mano ofreces;  
todos me miran y ríen,  
y algunos me compadecen.

Fuerza es morir: mas no vea,  
que hay quien en mi mal se alegre,  
y a mis últimos suspiros  
nupciales cánticos mezcle.  
Mira cuál es mi suplicio,

cuando voluntario ausente  
a más que a morir me obligo,  
condenándome a no verte.  
Ni espero, que ausencia o tiempo  
tan acerba herida templen:

que puede partirse Anfriso,  
mas olvidarte no puede.  
Ni temas, que nuevos lazos  
mi desventura consuelen:  
quien te adoró, bella Emilia,

te adorará hasta la muerte.  
Dulce bien del alma mía,  
a Dios, a Dios para siempre,  
ya que el destino y los celos  
y el tirano Amor lo quieren.

Así se despide Anfriso  
de la pastora inclemente  
que a tres siglos de ternura  
opuso un alma rebelde.  
Ella en ignorado fuego

incendiarse el pecho siente,  
y en su corazón helado  
las voraces llamas prenden.  
De Anfriso aparta los ojos,  
por si reprimirse puede;

mas ¡ay! que a mirar su amante  
más enardecidos vuelven.  
Hasta que al amor rendida,  
arde en su rostro la nieve,  
tímidos suspiros lanza,

y llanto amoroso vierte;  
y al zagal, que despechado  
huye, y su triunfo no advierte,  
diciéndole «yo te adoro»  
la blanca mano le tiende.

Anfriso se arroja a ella,  
le imprime besos ardientes  
a su corazón la lleva,  
y entre las suyas la prende.  
Estrecha su Emilia al seno,

y entre rosas y claveles  
de la encendida mejilla  
las dulces lágrimas bebe.  
Goza, pastor, goza el premio  
que bien merecido tienes:

un despecho y un suspiro  
hicieron feliz tu suerte.

XI

El pescador Anfriso.

Romances.

Amante pastor de Filis,  
cuyos suspiros ardientes

oyó sonar en sus vegas  
la amena orilla del Betis;  
escucha del triste Anfriso

los cantares con que suele  
consolar su pena amarga  
de un perdido bien ausente.  
Y ora pidas a tu lira  
el himno fúnebre, y cerques

el sepulcro de Norferio  
de rosas y de laureles;  
o bien furor más sublime  
tu agitado pecho llene,  
y cantes las bellas obras

de la diestra omnipotente;  
no de un infeliz amante  
el tierno llanto desprecies,  
con que del Betis aumenta  
la clara y sesga corriente.

Que en él tú también llorando  
de Filis las esquivaces,  
quiso Amor que de sus flechas  
la cruda herida sintieses.

Ya la selva que colmada

de frutos brillaba fértil,  
cuando orló otoño de pomas  
la guirnalda de su frente,  
con su triste ausencia queda  
expuesta al hielo y la nieve,

y el temido invierno anuncian  
los rigores del noviembre.  
Cubiertos de escarcha fría  
yacen mustios los vergeles,  
que el dulce y florido mayo

vistió de su pompa verde.  
Del prado desaparecieron  
ya las rosas y claveles;  
y en el aterido suelo  
hasta el rudo espino muere.

Su dulce soplo el favonio  
retira al mar de occidente,  
y de las polares cumbres  
el fiero aquilón desciende:  
sobre los campos y valles

bate sus alas rugientes,  
y en la empinada montaña  
los duros robles conmueve.  
Cuando embravecido gime  
y en sus copas se enfurece,

no hay tronco que no sacuda,  
ni peñasco que no tiemble.  
Betis recibe en su seno  
los ya copiosos torrentes  
y con el aumento altivo,

émulo del mar, se tiende.  
Mánchase de pardas nieblas  
su faz tersa y trasparente;  
y en vez del undoso espejo,  
enturbiadas aguas vuelve.

Con la mudanza alterado  
deja el pez el hondo albergue,  
donde del anzuelo astuto  
las asechanzas no temo.  
Cercano al aire enemigo

el agua más alta hiende,  
y al pescador cauteloso  
abundante presa ofrece.  
Entrambas orillas corren  
unidos en tropa alegre

cuantos el anzuelo enlazan  
y cuantos la red extienden.  
Fórmanse en la abierta margen  
mil cabañas diferentes;  
y cubren el ancho río

remos, barquillas y redes.  
En tanto el joven Anfriso  
de otros cuidados pendiente,

solo en apartada playa  
lloraba su triste suerte.

Por la ausencia de su Elisa  
amargas lágrimas vierte,  
la más hermosa zagala  
que vio en su margen el Betis.  
Con un mismo arpón sus pechos

el Amor tirano hierde:  
Elisa idolatra a Anfriso;  
por Elisa Anfriso muere.  
Mas viendo que ya el invierno  
muestra la arrugada frente,

y temiendo que sus iras  
en su manadilla emplee;  
en las encumbradas sierras  
contra el hielo las guarece,  
y sin la luz de sus ojos

la vida de Anfriso es muerte.  
Atada a un desnudo tronco  
la mísera barca tiene,  
el remo en la seca arena  
y al sol tendidas las redes.

Y el corazón y la vida.  
fijos en su bien ausente,  
hacia la envidiada cumbre  
los llorosos ojos vuelve:  
árboles, montes y peñas

con su lamento enternece,  
y en triste lloro consume  
la flor de sus años verdes.

¡Oh amor! si al que bien te sirve  
con tanta impiedad ofendes,

¿quién a tu insufrible yugo  
doblará el cuello obediente?

De la mal formada choza  
a su olvidada barquilla

sale el pescador Anfriso  
al primer albor de un día.  
Tardamente costeaba

triste y solo las orillas,  
donde de Itálica nombre  
apenas queda y cenizas.  
Contempla de su grandeza  
las destrozadas reliquias,

y dejando aparte el remo,  
así llorando decía:  
«¡Oh lamentables despojos  
del tiempo! ¡oh tristes ruinas!  
infeliz y fiel imagen

sois de la ventura mía.  
Las altas torres, que al cielo  
elevarse presumían,  
al acero y a la llama  
se desplomaron rendidas.

De arcos, columnas y estatuas  
gastados trozos se miran,  
y entre ellos la ingrata tierra  
serpientes brota y espinas.  
Yace entre el polvo deshecho

tu esplendor, tu pompa antigua;  
triunfo que reservó el hado  
a la africana cuchilla.  
Así desvanece el tiempo  
los placeres de la vida,

y en un momento destruye  
la gloria de muchos días.  
¡Ah! yo, necio, imaginaba,  
cuando gocé mis delicias,  
que instantes tan venturosos

nunca la edad llevaría.  
Pasó derramando amores  
la primavera florida;  
y mis cantos alegraban  
el aura de las campiñas.

Vino el sediento verano;  
y el rayo ardiente del día  
en la floresta me hallaba  
defendido de sus iras,  
donde de un amor felice

las ansias correspondidas  
mi tierno pecho llenaban  
de inalterable alegría.  
De pámpanos y racimos  
cubrió el setiembre las viñas;

y entre sus vides Cupido  
nuevos gozos me ofrecía.  
Breves cuanto dulces horas,  
¿dó volasteis fugitivas?  
¿cuándo volveré a encontrarte,

oh felicidad perdida?  
Ahuyentó el sañudo invierno  
la estación de mis delicias,  
y me arrebató a los montes  
la mitad del alma mía.

En duro tormento ahora  
arrastro la odiosa vida,  
acrecentando mis penas  
la memoria de mis dichas.  
¿Dónde estás, bien adorado,

que así de un triste te olvidas?  
¡Mísero! que mis suspiros  
escuchar no puede Elisa!»

Calló; y en copioso llanto  
se inundaron sus mejillas:

las bellas ninfas al verle  
lloraron compadecidas.  
Hacia la pesca su barca  
con las demás encamina;  
mas su pena y su zagala

van en su memoria fijas.

Ya el horizonte de nieblas  
cubre el austro silbador,  
que de la espumosa Sirte  
el diciembre desató.  
Suben a turbar del día

el sereno resplandor;  
y al campo aterido roban  
la luz benigna del sol.  
Torrentes de espesa lluvia,  
que a su seno el mar fió,

del viento agitados vuelan  
en remolino veloz.  
Entre las aguas el hielo  
corre en deshecho licor;  
y ya los cuajados copos

arroyos de nieve son.  
Eleva el Betis sus ondas;  
y con doblado furor  
ya de las márgenes rompe  
la mal segura prisión.

De las inundadas vegas  
el zagal medroso huyó,  
y la inútil reja guarda  
el paciente labrador.  
Desde un elevado risco,

donde el agua no alcanzó,  
mirando el destrozo estaba  
el amante pescador;  
mas solo afligen su pecho  
las crueldades del Amor;

y contra él en triste acento,  
tales quejas pronunció:  
«¡Oh tirano dios! si quieres  
hacerme amable el horror  
que por los campos esparce

la rigurosa estación;  
si quieres que no desee  
de abril el plácido sol,  
¡ay! vuelve, vuelve a mis brazos

el bien de mi corazón.»

Precipitando sus ondas  
por entre oscuras cañadas,  
enfurecido un torrente  
de la umbrosa sierra baja.  
Cuando los estivos rayos

el ardiente Can vibraba,  
su raudal sediento apenas  
regó las áridas plantas.  
Mas hora que espesa lluvia  
cubre el campo y la montaña,

por las campiñas tendido  
al Betis lleva sus aguas.  
Junto a su ribera Anfriso  
pensativo renovaba  
de sus perdidos placeres

tristes memorias y amargas.

«¡Venturoso arroyo,» dice,  
«cuya fuente pura baña  
las altas cumbres que habita  
el dulce bien de mi alma!

Cuando a la tarde recoja  
sus ovejuelas cansadas,  
¡ay! tal vez por tus orillas  
conducirá la manada.  
Y cuando al nacer el día

envidia de Febo salga,  
quizá a mirarse en tus ondas  
un breve rato se para.  
Ora en menudos cristales  
lavarás su mano blanca,

y ora besarás lascivo  
con blando giro sus plantas.  
Tú a su amable vista siempre  
ufano de verla pasas,  
¡y la dicha que tú logras,

a un tierno amante es negada!  
Dame nuevas de mi ausente:  
¿gime? ¿busca solitaria,  
dejando el redil alegre,  
las sombras de la enramada?

Tal vez hora, dulce Elisa,  
por la misma orilla vagas;  
y lamentando a tu Anfriso  
verterás lágrimas blandas:  
que con las felices ondas

al mar correrán mezcladas,  
quedando con tal tesoro  
rica su corriente clara.  
Verted, verted, ojos míos,  
tierno lloro; que en las aguas

quizá se unirá dichoso  
al llanto de mi zagala.  
¡Oh instantes de gloria! Cuando  
en mis brazos enlazada,  
unido tu pecho al mío

de blando amor palpitaba,  
entonces sintiendo el fuego  
de su más ardiente llama,  
tus lágrimas y las mías  
en tu rostro se encontraban.

¡Oh dulce llanto del gozo!  
¡Oh lágrimas siempre amadas!  
¡Ay! ¡si eterna tu corriente  
mis mejillas inundara!»

Pasó del enero frío  
la nieve, y no ya cubierta  
el monte de eterno hielo  
su empinada frente muestra.  
Tal vez el cierzo irritado

de agitar los troncos cesa,  
y tal, el blando favonio  
por los yermos campos vuela.

Sintiendo el venir cercano  
de la amable primavera,

la bella flor del almendro  
sus blancas hojas desplega.  
Del agricultor anima  
la esperanza lisonjera;  
y las primicias del año

en temprana pompa ostenta.  
De hojas se pueblan las ramas,  
desnudas antes y yertas;  
y el frutal de los vergeles  
verde y frondoso descuella.

Ya en el cáliz su perfume  
la tímida rosa encierra;  
y gloria del prado erige  
su vástago la azucena.  
Mas no del febrero instable

bonanza fija se espera:  
que tal vez, cuando reía  
el alba más halagüeña,  
y con su fértil rocío  
alentó las plantas tiernas,

por el viento desatando  
lluvia de menudas perlas;  
entonces pequeña nube,  
al templado rayo opuesta,  
que en el claro mediodía

divisó la vista apenas;  
se desenvuelve ocultando  
la hermosa luz de la esfera,  
y hasta el remoto horizonte  
tiende su infausta tiniebla.

Del preñado seno en tanto  
lanza horrorosas centellas,  
que los espacios del aire  
de pálida lumbre llenan.  
Brama el rayo: su bramido

por valles y cumbres suena;

y al centro de las montañas  
huye asombrada la fiera.  
De helado y rudo granizo  
vierte después lluvia densa,

que la tierna planta oprime,  
y la mies naciente quema.  
En fiero huracán el noto  
ruge indignado en la selva,  
y a su embate sacudida

la robusta encina tiembla.  
Y cuando ya despojada  
de troncos la cumbre deja,  
se lanza precipitado  
sobre el valle y la pradera.

Su furia no resistida  
en la humilde choza emplea,  
y en su raudo remolino  
cabañas y establos lleva.  
Mas presto sus senos rompe,

herida del sol, la niebla,  
y el rayo que la traspasa,  
dora la afligida tierra.  
En partes mil dividida  
desparece: el noto cesa;

y vuelve a halagar el aura  
las ramas de la floresta.  
El iris de oro y de nácar  
los bellos visos despliega,  
y precursor de bonanza,

mares y cielo hermosea.  
Anfriso entonces decía:  
«después de cruda tormenta,  
¡cuán dulce es del claro día  
gozar la lumbre serena!

Atento a mejor fortuna  
sufre el mísero sus penas,  
y para aliviar sus males  
la dulce mudanza espera.  
¡Ay triste! ¡que de los míos

el ansiado fin no llega!  
¡Ay del que Amor despiadado  
a eterno gemir condena!»

Perdida esperanza mía,  
sin cuyo alivio sentir  
me vio el Amor sus rigores,  
en una ausencia infeliz;  
vuelve a mi pecho y alienta:

que ya el apacible abril  
los amenos campos borda  
de alegre y vario matiz.  
El más infecundo prado  
se viste de flores mil;

y rica esmeralda brota  
la menos fértil raíz.  
Entre la menuda grama  
ya comienzan a lucir  
el albor de la azucena

y de la rosa el carmín.  
Los árboles, que en el Betis  
miran su erguida cerviz,  
la cristalina corriente  
truecan en verde pensil.

Alienta, afligido pecho:  
llegó la estación feliz  
que tus lágrimas enjague  
la zagala más gentil.  
Ya las altas sierras deja,

donde se ausentó de mí;  
y entre los pastos del llano  
fija el nudoso redil.  
En breve, dichosas vegas,  
afrentar y competir

veréis su rostro al clavel,  
y sus manos al jazmín.  
Amante corazón mío,  
templa tu acerbo gemir;

que presto, presto a tus penas

llega el anhelado fin.

Así el pescador Anfriso  
cantaba, cuando a reír  
ya serenas empezaban  
las auroras del abril.

Labradores de estas vegas,  
pastores de estos ribazos,  
decid, ¡ay! si a mi zagala  
habéis visto en vuestros campos.  
Así las bellas pastoras,

su altivo desdén postrando,  
el dulce yugo de Venus  
reciban en vuestros brazos.  
Así gocéis en perpetuo  
solaz del bien suspirado,

sin que jamás de la ausencia  
probéis el dolor amargo.  
Hoy es el felice día  
en que Amor, menos tirano,  
volver promete a mi vista

el hermoso sol que aguardo.  
Si visteis una zagala,  
con cuya presencia ufanos  
de nuevas flores se adornan  
y nuevo verdor los prados;

si en su tersa y pura frente  
visteis la aurora brillando,  
o el cándido enhiesto cuello  
vencer de la nieve el ampo;  
señas son de la que adoro,

que en mi pastora envidiaron  
cuantas zagalas ilustran  
la margen del Betis claro.  
La dulce risa del alba  
baña sus hermosos labios;

y en su rostro resplandece  
el sereno sol del mayo.  
En el fuego de sus ojos  
templa Cupido sus dardos;  
y en sus rizos de oro teje

los más halagüeños lazos.  
Buscando viene a un amante,  
de quien se ausentó llorando:  
lágrimas, que en dulce gozo  
hoy convertirá en sus brazos.

Yo, mísero, corro el valle  
una y otra vez en vano,  
desde que vino el lucero,  
más que otras mañanas tardo.  
El puro aljófara del alba

mis cabellos ha bañado;  
y el primer rayo del día  
me halló corriendo los campos.  
Mas ¡ay! ¿no es ella? ¿mi Elisa,  
que baja de aquel collado?

¡Oh amor! ya en fin mis suspiros  
tu duro pecho apiadaron.

Dijo, y con ligera planta  
vence el interpuesto prado,  
cual ciervo herido del valle

busca el profundo remanso.  
La gentil zagala entonces  
deja el cándido rebaño,  
y por do su Anfriso viene,  
vuela amorosa a encontrarlo,

En dulce nudo se enlazan,  
amantes ya afortunados;  
y solo un momento premia  
las ansias de todo un año.

De los rediles del prado  
a las márgenes del río

la bella Elisa guiaba  
los sedientos corderillos.  
Tendida la red tenía

sobre las ondas su Anfriso,  
y en la apacible corriente  
nadaba el batel tranquilo;  
cuando del manso ganado  
oye los tiernos balidos,

y de su Elisa en la orilla  
reconoce el blando silbo.  
Coge la red presuroso;  
y el remo al agua tendido,  
la barca hasta la ribera

conduce de un solo giro.

Elisa, en tanto que al margen  
desciende su ganadillo,  
le espera a la fresca sombra  
de un verde y frondoso aliso.

Amoroso le saluda;  
y sobre el césped florido  
del regalado favonio  
gozan el soplo benigno.

Ya a descender empezaban

las sombras del monte erguido,  
y ya en los bosques se oía  
de la tórtola el gemido;  
cuando la amante zagala  
repite al dulce querido

la canción, que a las montañas,  
descendiendo al Betis, dijo:

«A Dios quedad, altas sierras  
desatado el hielo frío  
en mansos raudales baña

los pies del musgoso risco.  
De las empinadas cumbres  
huye el invierno aterido,

y ya su olor a los vientos  
entrega el blando tomillo.

La zagala, que llorosa  
tantas veces habéis visto  
cubierta de dura escarcha  
e inundada del rocío,  
guiar su pobre manada,

y entre amorosos suspiros  
enseñar a vuestros ecos  
el nombre amado de Anfriso;  
hoy de vosotras se aleja,  
antes que el ardiente estío

el céfiro que os recrea,  
convierta en soplo encendido.  
Ansiosa busco los prados,  
donde ya el mayo benigno  
las flores que al alba nacen,

tiñe de colores vivos;  
los prados que el claro Betis  
fertiliza cristalino;  
y por sus dulces rediles  
trueco el montaraz aprisco.

A sus orillas me llaman,  
por si enjugarlas consigo,  
lágrimas de un tierno amante,  
y cuanto tierno, querido.  
A darle la alegre nueva

volad, volad, vientecillos:  
decidle que de las sierras  
ya descender me habéis visto.  
Decidle que ya los valles  
veloz en su busca piso:

decidle que ausente muero,  
y que hasta verle no vivo.  
A Dios quedad, altas cumbres;  
y así del rayo enemigo  
vuestros verdes troncos sean

siempre respetado asilo;

si acaso por vuestra falda  
tal vez pasare mi Anfriso,  
decidle que ya su nombre  
conocéis por mis gemidos.»

Así cantó la zagala;  
y alegres los pajarillos  
la dulce canción aplauden  
volando al caliente nido.  
Envidiosas la celebran

las bellas ninfas del río:  
su amante no, que está todo  
sólo en mirarla perdido.

Del alto cenit Apolo  
al seno de Tetis baja,  
y en el mar del occidente  
el dorado carro lava.  
De entre las ondas envía

rayos de su luz templada,  
que apenas torcidos doran  
las cumbres de las montañas.  
Perdido el tibio reflejo  
por el ancho viento vaga,

y del incendio del día  
vuela fugitiva llama;  
hasta que entre densas nieblas  
amortecida se apaga,  
y el imperio de las sombras

deja a la noche atezada;  
a la noche, que rigiendo  
los negros caballos pasa,  
y opio y beleño sacude  
de sus voladoras alas.

Ante ella la planta incierta  
perezoso el sueño arrastra,  
a quien las medrosas horas,  
callado coro, acompañan.  
El negro manto, que pende

del cielo en la cumbre alta,  
de uno a otro polo tendido  
entrambos orbes abraza.  
Su tiniebla oscura en tanto  
trémulo esplendor traspasa,

que en encendidas centellas  
vierte la esfera estrellada.  
Cuál del apacible oriente  
asciende al cenit ufana;  
y cuál en veloz carrera

al turbio ocaso se lanza.  
El astro fijo del polo  
arde en su eterna morada,  
y a las sombras del silencio  
preside su lumbre clara.

En tardo curso a su lado  
revolviendo el carro baja,  
y el resplandeciente Arturo  
rige sus ruedas nevadas.  
En pos de él girando corren

las estrellas más lejanas,  
y por el callado cielo  
al helado mar resbalan.  
Las aguas del manso río  
con plácido estruendo pasan,

que la flébil Eco lleva  
a las vecinas montañas.  
Rendidas las flores yacen,  
sus tiernas hojas plegadas,  
que del nocturno rocío

el fresco céfiro cuaja.  
El prado duerme: las aves  
los calientes nidos guardan;  
y aterido el mundo espera  
la dulce risa del alba.

Solo y despierto, la vista  
tendida a la opuesta playa,

el amante Anfriso yace  
al umbral de su cabaña.  
En la playa, do amorosa

su tierna Elisa le aguarda,  
cuando en el cenit del cielo  
la noche su curso parta.  
¡Cuán perezosas las horas  
para el pescador volaban!

¡Ay! ¡y cuánto de un amante  
el bien anhelado tarda!  
Suspira, y ora impaciente  
al crudo Amor quejas daba,  
y ora la inquietud penosa

templaba con la esperanza.  
Surta la barquilla yace  
en la margen sosegada,  
casi tendida la vela,  
y el remo dado a las aguas.

Deja la choza, y al río  
con rápidos pasos baja,  
y el feliz instante espera  
que trueque en placer sus ansias.  
Entre tanto el frío Bootes

al carro la vuelta daba,  
y al horizonte vecino  
guía el pértigo de escarcha.  
Por entre pardos celajes  
oculta su luz nevada,

y bajo el brillante polo  
la noche media señala.  
Vuela el pescador entonces,  
al batel ligero salta,  
la bañada sirga corta,

la vela extiende a las auras.  
Gozoso y triunfante gira  
hacia la ribera amada,  
y la interpuesta corriente  
con veloz carrera pasa.

Crece el plácido silencio;  
y en las orillas calladas  
el blando batir del remo  
sólo tal vez resonaba.  
Cupido alegre en la popa

rige la dichosa barca,  
la mano al timón asida,  
y al aire abiertas las alas.  
En torno girando vuela  
de Amores la tropa vaga;

y el astro hermoso de Venus  
les destella lumbre blanda.  
De la apacible ribera  
los céfiros se desatan,  
y las esencias de Flora

sobre las ondas derraman.  
Benignos y bonancibles  
la tendida vela ensanchan,  
y arriba el feliz Anfriso  
al puerto de su esperanza.

Al tronco de un verde aliso  
deja la barquilla atada,  
entre mimbreras oculta  
y al abrigo de la playa.  
De altos álamos y sauces

densas arboledas pasa,  
y entre las amigas sombras  
busca su Elisa adorada.  
Entre tanto los rediles  
deja la hermosa zagala,

donde ya en tranquilo sueño  
su manadilla descansa.  
Con pie recatado vuela  
por la tendida campaña,  
y del humilde collado

al repuesto soto baja.  
Por entre erguidos laureles  
bullicioso arroyo salta,  
que coronado de adelfas

en busca del Betis vaga.

Con vueltas mil serpentea  
por la frondosa enramada,  
y con murmullo suave  
el fresco margen halaga.  
A su orilla en greña oscura

los arrayanes se enlazan,  
y en hondas cuevas ofrecen  
a amantes ninfas morada.  
Su triste querella entona  
Filomena entre las ramas,

y en el profundo silencio  
los tiernos amores canta.  
Al dulce Anfriso llamando  
su voz Elisa acompaña,  
y de Anfriso a los oídos

la lleva benigna el aura.  
Del blando acento guiado  
vuela a su bella zagala,  
y entre amorosos suspiros  
llega a animar a sus plantas.

Ya de la naciente luna,  
que el horizonte dejaba,  
a un tiempo montes y valles  
pálido el reflejo baña.  
Los tiernos amantes mira;

y envidiosa y lastimada  
vuelve el hermoso semblante  
del Latmo oscuro a la falda.

¿Quién tan deliciosa noche,  
dulce Amor, a cantar basta?

¿ni quién dirá dignamente  
las victorias de tu aljaba?  
Al Niño alado, amadores,  
sin temor rendid las almas;  
que el placer y la ventura

bajo su yugo os aguardan.

Ya las sombras de la noche  
disipa la aurora alegre,  
y de perlas, oro y nácar  
esmalta el templado oriente.  
La pura luz de sus rayos

por ambas esferas tiende,  
y del cielo oscurecidas  
las estrellas desaparecen.  
El prado ríe; las flores  
el blando céfiro mece,

y el néctar de la mañana  
en su lindo seno vierte.  
Despiertan lasavecillas,  
y en bandadas diferentes  
no hay rama donde no posen,

ni valle por do no vuelen.  
Con sonora voz saludan  
al nuevo sol que amanece,  
y anuncian en sus quejidos  
de Amor los dulces placeres.

Amor, Amor, en las vegas  
canta el pastor inocente;  
y Amor la llorosa Eco  
del lejano monte vuelve.  
El pez en el seno undoso

sus gratos ardores siente;  
y de blando Amor suspiran  
las rubias ninfas del Betis.  
Junto a su zagala Anfriso  
celebraba dulcemente

el arco, que doma el mundo,  
y el arpón, que dioses hiere.  
Oye desde el fértil Gnido  
Amor los himnos fervientes,  
y de su voz invocado

ya en la ribera parece.  
A su vista nueva llama

por prado y vega se extiende,  
y el grito de Amor suave  
repite el céfiro leve.

Pulsa la lira: los vientos  
al sacro acento enmudecen,  
y el Betis enajenado  
su sesgo raudal detiene.

«Amantes felices,» canta,

«vivid venturosos siempre,  
que ya os preparo benigno  
solo delicias y bienes.  
Si el fiero dardo de ausencia  
vuestro pecho hirió inclemente

ya Amor, cuanta fue la pena,  
el blando consuelo ofrece.  
Así premio a quien constante  
sufre el rigor de la suerte,  
y de invencible ternura

su corazón fortalece.  
Hora de lirios y rosas  
ceñid la gallarda frente:  
no el ábrego las marchite,  
ni el rayo estuvo las queme.

Gozad; y en vuestros amores  
de constancia ejemplo quede,  
que después a sus zagalas  
los tiernos pastores cuenten.»

«Y vosotras, Gracias bellas,

no cantéis que al Latmo verde,  
ardiendo en mi fuego Cintia,  
por Endimiión desciende;  
ni que al fiero y crudo Marte  
le desceñí los laureles;

ni que el padre de los dioses  
mi temido imperio siente.  
Mas porque conozca el mundo  
cuánto mis arpones pueden,

cantad que ya, en los amantes  
la ausencia sus iras pierde.»

## XII

La primavera: traducción del Metastasio.

¡Ay Dios! ya, mi dulce amado,  
la campiña reverdece,  
y ya el aterido bosque  
a vestir sus ramas vuelve.  
Nuncio de la primavera

desde el templado occidente  
vuela céfiro importuno,  
que el corazón me entristece.  
La nueva estación te llama  
al campo de honor y muerte:

¡ay! y ¿cómo sin tu amante  
vivir podrás, triste Irene?  
No respire, aura blanda,  
que un alma amorosa hieres:  
no tan pronto, abril florido,

extiendas tu manto fértil.  
Cada flor que se colora,  
cada renuevo que crece,  
¡ay de mí! ¡cuántos suspiros  
cuestan a mi pecho ardiente!

¿Quién fue el primer despiadado,  
que hizo el acero inocente  
instrumento de homicidio,  
y para matar dio leyes?  
Jamás la grata ternura

su corazón inclemente  
penetró, ni sintió el crudo  
de Amor los blandos placeres.  
¡Ay! ¡qué demencia! ¿es posible,

que por las iras crueles

de un enemigo, el halago  
de una dulce amante trueques?  
¡Ay! no, querido Fileno:  
no, simple, engañarte dejes:  
si es que las guerras te agradan,

también Amor guerras tiene.  
El buen amante es soldado;  
la experiencia, y el ingenio,  
y el valor triunfos le adquieren.  
También Amor dicta ardides,

espera, asalta, defiende,  
huye, se rinde a partido,  
da paces y enojos mueve.  
Mas son amables las paces  
y son los enojos breves,

e igualmente halaga el triunfo  
al vencido y al que vence.  
Así no hay pena, que en gozo  
benigno el Amor no trueque.  
May ¡ay! el fatal instante

ya la odiosa trompa advierte.  
Tente, ingrato: ¿por qué huyes?  
No te pido tus laureles:  
poco te pido, hombre duro;  
mírame otra vez, y vete.

Vete, y conserva en tu vida  
la de tu infeliz ausente,  
y vuelve, si puedes, mío;  
pero victorioso vuelve.  
Adonde quiera que vayas,

lleva mi dolor presente;  
y di: ¿quién sabe si ahora  
vive mi constante Irene?

La historia del amor.

De mil sospechas cercado  
entro de Amor al vergel,  
como niño en sala oscura,  
que a mover no acierta el pie.  
Una esperanza risueña,

aunque falaz, me encontré,  
y unos bellos ojos fueron  
de mi libertad la red.  
Negro rizado cabello,  
tornátiles manos, que

roban al jazmín su albura  
y su carmín al clavel:  
dulce y gracioso donaire,  
y un halagüeño desdén,  
que esperando ser vencido

lastima sin ofender;  
con blandísimas prisiones  
encadenaron mi ser,  
y fui del Amor esclavo,  
y mi esclavitud canté.

Mas ¿a quién dio el Niño ciego  
dicha asegurada? ¿o quién  
no halló al dolor acechando  
sufre el calor y la nieve;  
en la senda del placer?

Hiriome un áspid sañudo  
que entre las rosas pisé:  
llegó el veneno a mi pecho,  
y puso un infierno en él.  
¡Cuántos siglos de furores

insano sufrí, hasta que  
me curó con su cauterio  
el desengaño cruel!  
Mis verdes años marchitos  
y herida el alma, de aquel

centro de dolo y perfidia

escarmentado salté.  
Huye, juventud incauta,  
de ese dios, niño y sin fe;  
que hay áspides en sus flores

y tiene absintio su miel.

#### XIV

Narcisa.

La bella Narcisa ilustra  
del Ebro la fértil playa,  
y mil corazones vuelan  
adonde pone las plantas.  
De aquellos felices campos

la juventud más gallarda,  
a su hermosura rendida,  
la corteja y acompaña.  
Y en otra parte se llora  
su ausencia, aunque corta, amarga;

que ninguna ausencia es corta  
para quien de veras ama.  
Mas la ribera del Ebro  
arde en júbilos y danzas;  
y de pesares ajenos

su propia ventura labran.  
Narcisa afable y risueña,  
los tiernos obsequios paga;  
pero su hermosura altiva  
domina, no se avasalla.

Los maliciosos cavilan,  
y diz que amante y amada  
algún bien premiado afecto  
dejó en su querida patria.  
Quejosos y tristes gimen,

y los corazones claman:  
«¿qué importa que aquí esté ella,

si dejó en su tierra el alma?»  
Mas no por eso desisten,  
aunque celosos, de amarla;

que nunca el Amor fallece  
mientras vive la esperanza.  
El desterrado del Betis  
lo diga, que una mañana  
le dejó muerto de amores

en el baile de las pascuas;  
y cuando loco por ella  
se retiró a su posada,  
así al compañero Elisio  
turbado le preguntaba:

«La recién venida,  
que ostenta gallarda  
el sol en sus ojos  
y el mayo en su cara;  
dime, quién es, amigo:

porque, al mirarla,  
exhalada en suspiros  
me robó el alma.»

«Corrió por el clave  
la mano rosada,

y vista y oído  
a un tiempo halagaba.  
Yo no sé cuál sentido  
mis males causa:  
solo sé que en sus manos

me prendió el alma.»

«Cantó y amorosa  
venció su voz blanda  
la voz de las aves,  
que anuncian el alba.

Yo en sus dulces acentos  
absorto estaba;  
y aquel placer de oírla

me costó el alma.»

«Su talle y sus brazos

desplega en la danza  
y el pie le mecían  
Amor y las Gracias.  
Yo enajenado y ciego  
le rendí el alma;

mas ¡ay! que a tanto hechizo  
una no basta.»

«Mas de sus lindos ojos  
si logro una mirada,  
gloria serán mis penas,

dulce placer mis ansias;  
que una mirada suya  
vale mil almas.»

XV

Filis.

Ya Filis del Gers odioso  
abandona las riberas:  
a un amante esposo sigue,  
y mil corazones penan:  
Filis, aquella hermosura,

que a todos encanta; aquella,  
que el corazón más exento  
sin saber cómo, sujeta;  
la de los lindos cabellos,  
la de la risa halagüeña,

la que en sus ojos anida  
Amor, dulzura y modestia.  
Cuando al delirio del baile  
el airoso talle entrega,  
son de tiernos corazones

sus hermosos pies cadenas.  
Cuando el tono enamorado  
pide a la dulce vihuela,  
y con los dedos de rosa  
hiere las sonoras cuerdas,

¡cuánto hechizo, cuánto fuego  
derrama! ¡cuán halagüeña  
su voz celestial las almas  
tras sí enajenadas lleva!  
¡Y es fuerza, Filis divina,

que al Betis partas! ¡y es fuerza  
que los valles del destierro,  
que alegrabas tú, te pierdan!  
Tus dulces amigos gimen,  
aunque tu dicha celebran;

y otros menos generosos  
callan y en secreto penan.  
El desterrado del Betis,  
cuya amistad pura y tierna  
se iguala al Amor en fuego

y le excede en la firmeza,  
con más voluntad que ingenio  
la olvidada lira templada,  
y al despedirse de Filis,  
le canta de esta manera:

«Ve, Filis amada,  
al margen ameno,  
do manso y sereno  
el Betis se agrada:  
la vega esmaltada

de eternos colores,  
el mirto y las flores,  
la fuente y el prado  
asilo sagrado  
allí son de amores.»

«Al nudo amoroso  
allí te convida

la tierra florida  
y el sol delicioso.  
Allí fue dichoso

tu mísero amigo:  
perene testigo  
será de su gloria  
la acerba memoria,  
que lleva consigo.»

«¡Oh amada ribera  
del vándalo río!  
¡oh bosque sombrío!  
¡oh verde pradera!  
La dicha, que espera,

da a Filis hermosa:  
mi pena enojosa  
será suspendida:  
que aún amo la vida,  
si es Filis dichosa.»

## XVI

El agüero.

Después de tan larga ausencia  
vuelvo a tu margen, oh Betis:  
de mis primeros amores  
guarida, salve mil veces.  
¡Con qué placer que discurro

tu orilla! ¡cuán dulcemente  
respiro el aura apacible,  
que en tus álamos se mece!  
si bien un temor impío,  
aunque justo, me detiene:

que quien amores halla, cuando vuelve,  
are en las aguas y en el viento siembre.

Aquel es el verde prado,  
donde sus ojos ardientes  
me hirieron la vez primera

de un Amor y mil desdenes:  
mis enamoradas ansias  
le declaré en esta fuente,  
que sonora y cristalina  
su curso entre guijas tuerce.

Prado y fuente son los mismos;  
amante pecho, ¿qué temes?

Mas ¡ay! quien halla amores, cuando vuelve,  
are en las aguas y en el viento siembre.

Allí amorosa y benigna

mitigó sus esquiveces:  
allí enojada a mis quejas  
opuso un alma rebelde.  
Al margen de aquel arroyo  
enlazados blandamente,

nos dio su apacible abrigo  
la sombra de los laureles.  
¿Cómo tan dulces memorias  
de Amor olvidarse pueden?

Mas ¡ay! quien halla amores, cuando vuelve,  
are en las aguas y en el viento siembre.

Pero ¡oh dolor! en los troncos,  
que ciñen el soto alegre,  
de mis amorosas cifras  
ni aun vestigios permanecen;

y en las ramas, do cantaba  
el ruiseñor dulcemente,  
miro deshechos los nidos  
que respetaba el diciembre.  
Ya para ti no hay asilo,

Amor, bien puedes volverte:

no en vano temías  
mudanzas alevés:

que quien amores halla, cuando vuelve,  
are en las aguas y en el viento siembre.

## XVII

La precaución.

En vano, traidora Elisa,  
mi antigua pasión reclamas;  
que en la misma tumba yacen  
el Amor y la esperanza.  
Tantos siglos de ternura,

tanto Amor, tan dulces ansias,  
breves guerras, blandas paces,  
iras, halagos, constancia;  
cuya historia aún se conserva  
en este aliso grabada,

tú sola en un solo día  
sepultaste en la mudanza:  
y fue un rival heredero  
de mis dichas y tus gracias,  
y un largo infierno dejaste

al pecho, que te adoraba.  
Gemí, lloré, todo en vano:  
que en mi penar solazada,  
de tu nuevo amante el triunfo  
con mi suplicio aumentabas.

Razón, desengaño, orgullo  
en curarme se empleaban,  
y el desesperar fue entonces  
la salud de mis desgracias.  
Ya estoy tranquilo: ya puedo

despreciar la que me agravia:  
a mi rival compadezco,

que debe temblar(), si ama.  
Todos los nudos rompiste:  
¿qué quieres de mí, tirana?

si Amor, tú le diste muerte;  
y si amistad, tú me engañas.  
Afecto tan noble y puro  
cabere no puede en un alma  
que insultó fiera e impía

al corazón, que injuriaba.  
A Dios, y no por vengarme,  
tu llanto desprecio, ingrata;  
que evitar a una enemiga  
es precaución, no venganza.

## XVIII

A Venus.

Imitación de Horacio.

Las lides, por tantos años  
interrumpidas, renuevas  
otra vez, oh cruda Venus,  
y enciendes el pecho en guerras.  
¡Ah! perdona a un afligido,

que de tus arpones tiembla:  
oh tú, de dulces amores  
madre inclemente, ya cesa.  
Ya diez lustros de mi vida  
volaron: no soy cual era

bajo el imperio de Elisa  
en mis juventudes tiernas.  
Deja a un corazón, ya duro  
para tus gratas empresas,  
y en los jóvenes floridos

que te invocan, triunfa y reina.  
Si quieres un pecho digno

de tus ardientes saetas,  
a los umbrales de Albano  
tus blancas palomas lleva.

Allí juveniles bríos  
hay, y varonil belleza,  
y en breve edad grande ingenio,  
y ya madura elocuencia.  
Soldado constante y fuerte

seguirá tu blanda enseña,  
humillando a sus rivales  
y extendiendo tu potencia.  
El grato incienso de Arabia  
la dulce y templada avena,

la voz de acordada lira,  
que solo amores resuena;  
y el coro siempre festivo  
de jóvenes y doncellas,  
que embelesadas las almas

en sus pies hermosos llevan;  
en solaz siempre perpetuo  
allí tus triunfos renuevan,  
y más víctimas te rinden  
que Idalia, Gnido y Citera.

Mi pecho ya no alborozan  
el vino ni las bellezas,  
ni de Amor correspondido  
las esperanzas lo alientan.  
Huyo las lides de Baco,

huyo de Venus las flechas,  
ni ya me agrada la frente  
coronar de flores nuevas.  
Mas ¡ay! ¿por qué, si te veo,  
vuelvo a llorar, Filis bella?

¿y en otro tiempo elocuente,  
torpe silencio me hiela?  
Ingrata, en vano me huyes:  
de tus desdenes me venga  
el dulce sueño, y prodiga

las venturas, que tú niegas:  
y ya en los lechos floridos  
que pinta la primavera,  
ya entre las aguas del río,  
ya en el bosque, ya en la selva,

pagando mi Amor, suave  
y amorosa te presenta.  
Ilusión es; pero amando,  
¿que dicha hay que no lo sea?